

XVII JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CATAMARCA – 2 al 5 de OCTUBRE DE 2019

Mesa n° 145: Los usos del pasado en la Argentina: producción historiográfica y debates colectivos acerca de la historia nacional (1850-2017)

La historia como herramienta política: caudillos y masas en la obra de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde

Autor: Julio Stortini – U.B.A. (Fac. Filosofía y Letras) – Univ. Nacional de Luján

julisto@hotmail.com

La producción revisionista sobre el pasado argentino se abrió en diversos cauces después de la caída del gobierno peronista en 1955. No quiere decir que ella fuera monolítica en los años anteriores sino que diferentes aportes analíticos y políticos y la misma experiencia del peronismo llevaron a nuevas miradas sobre ese pasado. A ese revisionismo “clásico” de Ernesto Palacio, Julio Irazusta, Juan P. Oliver, José M. Rosa y tantos otros, se le habían sumado autores desde diferentes posiciones políticas e historiográficas como Fermín Chávez, Eduardo Astesano, Jorge A. Ramos, Rodolfo Puiggrós como también Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde. Unos rechazaban la interpretación liberal de la historia y la perspectiva de la izquierda socialista y comunista (a la que emparentaban con la primera) y otros aquéllas del revisionismo elaboradas en las décadas anteriores.

En estos años el revisionismo puso el foco en el papel que jugaron los caudillos en el siglo XIX, las condiciones que los engendraron y las particularidades del ejercicio del poder. Evidentemente, el interés por éstos excedió la mera preocupación histórica. Hubo una proliferación de publicaciones de autores como José M. Rosa, Chávez, Ortega Peña y Duhalde, Ramos, Astesano, León Pomer, Leonardo Paso y de historiadores académicos como Tulio Halperín Donghi. Si bien el análisis sobre la figura de Rosas seguía presente cobró mayor dimensión la producción tanto sobre los caudillos federales de la primera mitad del siglo XIX como la de aquéllos que se destacaron en la etapa posrosista como Chacho Peñaloza, Felipe Varela, Ricardo López Jordán y Juan Súa.

El objetivo de esta ponencia es analizar historiográficamente la producción de Ortega Peña (1935-1974) y Duhalde (1939-2012) y el debate con sus contemporáneos sin desdeñar el vínculo con los objetivos políticos e ideológicos de los autores. Se pondrá énfasis en la concepción que tenían sobre el pasado, el tipo de historia que construyeron,

las referencias teóricas e historiográficas a las que apelaron y con las que discutieron, el recurso documental y el uso político de la historia.¹

Para Ortega Peña y Duhalde la centralidad otorgada al estudio sobre los caudillos del siglo XIX se sostenía en las siguientes premisas:

- a) El hilo conductor existente entre las luchas del pueblo argentino en el pasado y las del tiempo de los autores.
- b) La funcionalidad política que ofrecía el estudio del pasado para comprender las luchas populares contra la oligarquía y contra el imperialismo, lucha que continuaba.
- c) El papel cumplido por las masas en el proceso histórico argentino, consideradas las verdaderas protagonistas junto con los caudillos.
- d) La necesidad de develar el ocultamiento realizado por la historiografía liberal y de izquierda que habían deformado la conciencia histórica de los argentinos.

El contexto político, social y económico de la Argentina y del mundo, suficientemente analizado en numerosos textos, permite encuadrar esta producción. Diversos contextos pueden ser citados aquí: los procesos de descolonización y las luchas por la liberación nacional, la revolución cubana, las movilizaciones campesinas en Asia y África y el movimiento de países no alineados. Un segundo andarivel lo constituye la situación política argentina con la proscripción del peronismo, la resistencia y el protagonismo del sindicalismo además de los vaivenes económicos de la época. Por otra parte, debe mencionarse la radicalización política que incluye los inicios de la lucha armada y la participación de los sectores medios y de la juventud en las filas del peronismo. Para los años '60 no podría olvidarse tampoco el fracaso del proyecto frondizista, la inestabilidad política, el intervencionismo militar y la dictadura del general Juan C. Onganía, las políticas represivas y los estallidos sociales como el Cordobazo de 1969. Por último, otro aspecto lo conformaron las propias disputas dentro del peronismo que

¹ El trabajo más significativo sobre los autores es el de A. Eidelman, *Militancia e historia en el peronismo revolucionario de los años 60: Ortega Peña y Duhalde*, Cuaderno de trabajo n° 31, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, enero de 2004. También F. G. Nigra, "Cargando fusiles con ideas: acerca de la producción historiográfica de Ortega Peña y Duhalde, en *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, v. 6, n° 16, julio de 2001. Un análisis interesante dentro de un capítulo sobre la izquierda peronista es el de O. Acha *Historia crítica de la historiografía argentina. V. 1: Las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo, 2009. Existen diversos sitios en internet sobre los autores. Para algunos aspectos historiográficos, véase A. Recalde, J. Godoy e I. Recalde, "Rodolfo Ortega Peña y el revisionismo histórico", en sociologíayliberacion.blogspot.com. En F. Celesia y P. Waisberg, *La ley y las armas. Biografía de Rodolfo Ortega Peña*, Buenos Aires, Punto de lectura, 2013 existen escasas referencias a su producción histórica.

incluían al propio Perón y sus diversas estrategias, al sindicalismo en sus distintas vertientes y a las agrupaciones de jóvenes militantes e intelectuales, algunas alineadas hacia soluciones que no sólo reconocían a los trabajadores y al sindicalismo como actores claves sino que también apelaban a diferentes formas de organización, lucha y tradiciones ideológicas.

Ortega Peña y Duhalde han sido habitualmente incluidos dentro de la llamada izquierda nacional. Juan José Hernández Arregui, quien se atribuyó el término, la definió como una corriente ideológica que aplicaba la teoría marxista al análisis de los países dependientes y al de las luchas de masas contra el imperialismo a nivel nacional y latinoamericano.² Creía que esta producción venía influyendo en la formación política de la clase obrera y particularmente en los estudiantes y la clase media baja. Hernández Arregui mencionaba entre sus integrantes a Jorge A. Ramos, Rodolfo Puiggrós, Eduardo B. Astesano, J. W. Cooke, Silvio Frondizi y J. E. Spilimbergo. Desde el análisis historiográfico se ha incluido a Ortega Peña y Duhalde bajo esta denominación (F. Devoto, N. Pagano) y bajo otras como neorrevisionistas de izquierda (Halperín Donghi), nacionalistas de izquierda y marxistas nacionalistas (M. Goebel) y nacionalistas populistas (A. Eidelman). Omar Acha distingue entre la izquierda nacional y la izquierda peronista en la que ubica a Ortega Peña y Duhalde. No obstante, en forma acertada señala la dificultad de deslindar claramente los autores que pertenecen a una u otra tendencia dadas las similitudes teóricas, temáticas y argumentativas como también la participación en distintos emprendimientos culturales además de compartir la crítica a las formulaciones políticas e historiográficas liberales y de la izquierda partidaria. Acha entiende que la izquierda peronista suponía la plena adscripción al peronismo a diferencia de la izquierda nacional que proponía un acompañamiento crítico al peronismo desde una formación política autónoma. Para Acha la izquierda peronista utilizaba el marxismo pero manteniendo la primacía de la perspectiva populista sobre el socialismo. A lo sumo admitía un “socialismo nacional” compatible con las relaciones de producción capitalista. Más allá de esta clasificación, se puede afirmar que Ortega Peña y Duhalde se identificaban claramente con las corrientes del peronismo revolucionario y su líder, adherían a una perspectiva nacional en el tratamiento de los

² J. J. Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Buenos Aires, Hachea, 1960, pp. 485-486.

temas históricos y rechazaban expresamente formar parte de la izquierda nacional.³ Incluso, como se indicará más adelante, se pensarán parte de una nueva corriente revisionista “nacionalista-popular”.

En los años '60 Ortega Peña y Duhalde desplegaron distintas actividades como abogados, asesores legales sindicales, defensores de presos políticos y publicistas. Su vida política transcurrió por diversas agrupaciones políticas hasta desembocar en el peronismo. Ortega Peña por el comunismo y el desarrollismo. Duhalde en la militancia estudiantil humanista y en contacto con diversas agrupaciones de izquierda.

Su producción sobre temas históricos se generó fundamentalmente en el período 1963-1969 a la que sumarán algunas notas y reediciones hasta el año 1974 cuando Ortega Peña fue asesinado por la Alianza Argentina Anticomunista. En los años 1963-1964 publicaron sus primeros textos dedicados a la historia. Constituyeron una serie de artículos sobre la banca Baring Brothers. El año siguiente fue sumamente prolífico para nuestros autores. Crearon la editorial Sudestada donde publicaron buena parte de sus textos y fue el año donde salieron a la luz los libros sobre Felipe Vallese, Manuel Dorrego y el prólogo a un libro de David Peña. Para diciembre de ese año también se imprimió *Felipe Varela contra el Imperio Británico*. Hasta fines de la década publicaron el libro sobre Facundo Quiroga, varios sobre Felipe Varela, además de estudios preliminares y prólogos y la participación en publicaciones periódicas como *La Unión Americana* y *Mundo Nacionalista*. Su producción, exceptuando algunos matices, tuvo una fuerte homogeneidad ya que además de ser realizada en un breve período de tiempo, diversos artículos aparecidos en las revistas *Compañero* y *La Unión Americana* fueron la base o directamente reproducidos en sus libros posteriores.

A partir de 1964 Ortega Peña y Duhalde participaron en la agrupación C.O.N.D.O.R. (Centros Organizados Nacionales de Orientación Revolucionaria), organizada por su mentor ideológico Juan José Hernández Arregui.⁴ C.O.N.D.O.R. se definía como una organización marxista que pretendía radicalizar al peronismo. En ella participaron Alberto Belloni, Ricardo Carpani y Raúl Bortnik. Su presentación pública fue un

³ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, “La guerra de la Triple Alianza y el revisionismo mitrista”, en *Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas*, a.2ª época, a. II, n° 5, mayo de 1969, p. 24.

⁴ En 1957 Hernández Arregui había publicado *Imperialismo y cultura* y en 1960 *La formación de la conciencia nacional*, libros que tendrían gran impacto en la militancia juvenil y universitaria. En 1963 publicó *¿Qué es el ser nacional?*

homenaje a Felipe Varela el 4 de junio de 1964 en el monumento a Bartolomé Mitre donde colgaron un retrato del caudillo. En su *Manifiesto preliminar al país* la agrupación asumía la visión revisionista “a la luz del marxismo” contra la historiografía liberal y la nacional de derecha que negaba la acción de las masas en el proceso histórico. Tal cual Ortega Peña y Duhalde lo sostendrían más tarde, en el manifiesto se destacaba el papel de los caudillos y las montoneras federales y el papel revolucionario del proletariado industrial heredero de las luchas del siglo XIX. C.O.N.D.O.R. pretendía elevar el nivel político de la dirigencia sindical y de los militantes obreros y nacionalizar a sectores de la clase media.⁵ El 17 de octubre de 1964 Ortega Peña y Duhalde fundaron el Centro de Estudios Históricos Felipe Varela adherido a C.O.N.D.O.R. y dirigieron a partir del mayo siguiente los tres números de su publicación *La Unión Americana*. Ese mismo año Ortega Peña había prologado el libro de Hernández Arregui *Imperio y Cultura* en su nueva edición. Ortega Peña señalaba que al describir la estructura de un país “colonial o semidependiente” facilitaba la construcción de una verdadera conciencia nacional especialmente en los jóvenes lectores y en el proletariado. Allí, Ortega Peña sostenía que el peronismo no debía desconfiar del marxismo que era una metodología que permitía entender la crisis y el circunstancial triunfo del imperialismo.⁶

Los primeros artículos donde abordaron con cierta sistematicidad la problemática histórica aparecieron en la revista *Compañero* (1963-1964). Dirigida por Mario Vallota estaba alineada con las corrientes revolucionarias del peronismo conducidas por Gustavo Rearte y Héctor Villalón.⁷ La revista *Compañero* que tenía como colaboradores a Rogelio G. Lupo, Alvaro Abós, Horacio Salas y Juan José Hernández Arregui, abordaba temas de la coyuntura política local, los conflictos gremiales (con fuertes críticas a la burocracia sindical) y publicaba documentos de la Juventud Peronista, mensajes de Juan D. Perón, artículos de Andrés Framini, además de noticias y comentarios de política internacional especialmente de América Latina. Sus números

⁵ Sobre C.O.N.D.O.R, véase A. Eidelman, *op. cit.*, pp. 29-43 y E. L. Duhalde, *A 40 años, la lectura del crimen: los saberes en pugna*, en R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Felipe Vallese. Proceso al sistema*, Buenos Aires, Punto crítico, 2002, pp. 96-101.

⁶ R. Ortega Peña, “Prólogo”, en J. J. Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, pp. 10 y 13, (1ª ed. del libro 1957 y del prólogo 1964). Véase también el comentario bibliográfico de Ortega Peña al libro del mismo autor *¿Qué es el ser nacional?*, en “Por una auténtica cultura nacional de mayorías. Un 17 de octubre hispanoamericano”, en *Compañero*, a. I, n° 17, 16 de octubre de 1963, p. 7.

⁷ Véase, E. L. Duhalde, *A 40 años..., op. cit.*, p. 66.

estaban ilustrados con retratos de San Martín, Moreno, Dorrego, Rosas, Quiroga, Varela, el Chacho, Súa, Encarnación Ezcurra, F.Solano López, Perón y Eva.

En esta revista publicaron una serie de notas sobre la banca Baring Brothers que será la base del libro aparecido en 1968. Allí analizaban la penetración financiera e ideológica a través de la masonería, el protestantismo y los principios de la economía liberal. Había sido una operación planificada por el Imperio Británico y la casa Baring desde principios del siglo XIX hasta su quiebra en 1890 en connivencia con una “clase portuaria cipaya”. Si bien existía con anterioridad una precoz fusión de capital bancario e industrial, recién a partir de la década de 1860 habían operado mecanismos de penetración imperialista a través de las finanzas, el comercio y los ferrocarriles. Ortega Peña y Duhalde encontraban en la presidencia de Bartolomé Mitre el punto de partida de la política “más desvergonzada... hasta el advenimiento de los sucesivos gobiernos desarrollistas”.⁸ Las montoneras junto con Dorrego y Rosas habían sido las únicas que habían resistido los avances del capital británico. En ese sentido rechazaban la mirada del revisionismo ortodoxo que consideraba los levantamientos de Peñaloza y Varela como románticos y destinados a fracasar lo cual ofrecía a las masas revolucionarias actuales una imagen pernicioso de espontaneísmo y derrotismo.⁹ Los autores trazaban la línea directa con el presente al afirmar que “sólo la revolución peronista, heredera de la montonera, le puso patriótico fin (a la década infame) recuperando en todo su esplendor las nunca arriadas banderas de la Vuelta de Obligado”.¹⁰

Entre mayo y agosto de 1965 Ortega Peña y Duhalde dirigieron los tres números de *La Unión Americana* ya citada. La publicación se caracterizó fundamentalmente por una serie de notas de autoría de Ortega Peña y Duhalde (aún varias de las no firmadas) sobre temas históricos además de reseñas de libros históricos y listados bibliográficos sobre temas específicos (Rosas, historia económica y financiera, guerra de la Triple Alianza). En su *Declaración* repetían las consideraciones de C.O.N.D.O.R sobre la necesidad de revisar la historia nacional bajo la perspectiva marxista y contribuir a que la clase trabajadora pudiera reconocerse en la continuidad de sus luchas con las de las

⁸ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Baring Brothers y la historia política argentina (La banca británica y el proceso histórico nacional de 1824 a 1890)*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1973 (1ª ed., 1968, Sudestada), pp. 38, 97 y 99

⁹ *Ibidem*, pp. 101-102 y 115-116.

¹⁰ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Baring Brothers, op. cit...*, p. 195. En la segunda edición del libro publicada en 1973 advertían que la juventud combativa y la clase trabajadora, aleccionadas por Ricardo Scalabrini Ortiz y John W. Cooke, frenarían la contrarrevolución y permitirían la marcha hacia el socialismo nacional. p. 10.

montoneras y caudillos del siglo XIX.¹¹ Además de este tópico, en estas publicaciones aparecían los temas históricos recurrentes en Ortega Peña y Duhalde: la planificada penetración financiera británica y el fenómeno imperialista, la entrega del país por agentes locales, la resistencia de los caudillos y las masas al capital extranjero. Por ejemplo, en un artículo sobre San Martín y Rivadavia se caracterizaba a éste como “Frigerio-desarrollista” dado que bajo un discurso progresista se ocultaba la colonización bancaria británica. Se rechazaba la versión mitrista de un San Martín ingenuo y despolitizado y, por el contrario, se lo resaltaba como enemigo de las potencias extranjeras y apoyo de Rosas y los caudillos montoneros y partidario de la unidad americana. Entendían que seguramente San Martín habría aceptado como necesaria una “mano fuerte” frente a la penetración británica y respetado la “violencia revolucionaria”.¹²

Si bien su foco de atención fueron los caudillos federales, Rosas no dejó de ser permanentemente rescatado por los autores. Ya en *Compañero* los autores habían realizado una firme reivindicación de la política proteccionista y anticolonialista de Juan M. de Rosas mediante la ley de aduanas de 1835, el enfrentamiento a los bloqueos de los países europeos y el no pago del empréstito Baring.¹³ En un artículo posterior rechazaban las críticas a la política rosista por parte de Roberto Zalazar (autor de un libro sobre Pedro Ferré) al que acusaban de ser un discípulo del “trotskista” Jorge A. Ramos. Apoyándose en José M. Rosa, sostenían que el Restaurador había defendido una política nacional que había evitado la balcanización del país y había promovido una incipiente industria manufacturera. Mencionaban a Rodolfo Puiggrós y Tulio Halperín Donghi, cuyas críticas a Rosas eran, según nuestros autores, similares a las que se habían hecho al gobierno de Perón.¹⁴

De esta manera Ortega Peña y Duhalde fueron construyendo una línea histórica que partía de San Martín y Mariano Moreno (con matices), recogía las experiencias de Dorrego, Quiroga y Rosas y culminaba con los levantamientos montoneros de Felipe

¹¹ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde-Comisión Ejecutiva del Centro de Estudios Históricos Felipe Varela, en *La Unión Americana*, a. 1, n° 1, mayo de 1965, p. 2.

¹² (R. Ortega Peña y E. L. Duhalde), “San Martín y Rivadavia. Dos líneas”, en *La Unión Americana*, a. 1, n° 3, julio-agosto de 1965, pp. 8-9. Véase también R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, “Estudio preliminar”, en *San Martín y Rosas. Política nacionalista en América*, Buenos Aires, Sudestada, 1968, pp. 9-15.

¹³ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, “Historia política argentina. Rosas promueve una economía nacional” (IV nota), p. 4 e “Historia política argentina. Baring celebra la caída de Rosas” (V nota), p. 4, en *Compañero*, a. II, 13 y 21 de enero de 1964 respectivamente.

¹⁴ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, “La política nacional de Juan Manuel de Rosas”, en *La Unión Americana*, a. 1, n° 3, julio-agosto de 1965, pp. 53-60.

Varela y Chacho Peñaloza. Era la línea nacional americana con la que se identificaban las masas peronistas. Frente a ella se había constituido la línea de la entrega representada por Rivadavia, Urquiza, Sarmiento, Mitre, la oligarquía aliada al capital británico y, más recientemente, el desarrollismo.

En *Compañero* y en *La Unión Americana* los autores realizaron una serie de críticas tanto a la historiografía liberal y marxista como a la revisionista que se repetirá y ampliará en textos posteriores. En *La Unión Americana* se publicaron tres artículos sin firma sobre historiografía argentina acerca de Bartolomé Mitre, José Ingenieros y Juan B. Justo. El primero aparecerá publicado posteriormente en el libro sobre la banca Baring y los otros dos pueden atribuirse también a su pluma.

En el artículo sobre Mitre afirmaban que la historia la escribían las clases vencedoras. Éstas disfrazaban la realidad de las relaciones de producción con el ropaje de la cientificidad. Mitre había inaugurado una historiografía oficial e institucionalizada que ocultaba la penetración del capital financiero británico y que había detenido por muchas generaciones el avance de la investigación científica y había conformado ideológicamente a buena parte de la sociedad civil. Para nuestros autores el diario *La Nación* era la tribuna de doctrina antinacional y anunciaban que sus “rotativas serán puestas al servicio del pueblo por la Revolución peronista”.¹⁵

En línea con este artículo se criticaba a José Ingenieros porque condensaba la posición oligárquica y la deformación intelectual de la inmigración al recurrir a modelos europeos que generaban falsas analogías. Ingenieros había proporcionado esquemas a generaciones izquierdistas “abstractas y cipayas”. Rechazaban la interpretación de Ingenieros de que la línea Vértiz-Moreno-Rivadavia se hubiera interrumpido con la restauración medieval-feudal de Rosas y de los caudillos producto de la falta de intereses sociales colectivos y de organización económica. Ingenieros había influido con su “teoría de la vanguardia esclarecida y el partido revolucionario fuera del movimiento de masas” en los historiadores comunistas como Puiggrós, Real y Paso. Aplicaban la misma crítica para Juan B. Justo “escritor servil y cipayo”: descansaba en esquemas imaginarios, desconocía el peso del Imperio Británico y sacrificaba lo nacional a lo

¹⁵ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, “Supuestos ideológicos de la Historiografía argentina. La historiografía de Mitre: de Dante al chilled-beef”, en *La Unión Americana*, a. 1, n° 2, pp. 2-3, junio de 1965 y reproducido con modificaciones en su libro sobre la banca Baring, pp. 165-168.

internacional en su fe en el proletariado mundial pero no en la lucha que se daba en la Argentina.¹⁶

Para esta misma época, pese a participar asiduamente en la revista *Compañero* en la que la Juventud Peronista denunciaba el burocratismo de la dirigencia sindical, Ortega Peña y Duhalde consideraron necesario mantener el vínculo con los sindicatos que les permitía acercarse a las bases obreras. Como asesores jurídicos de la Unión Obrera Metalúrgica (U.O.M.) dirigida por Augusto T. Vandor mantuvieron una relación fluida con éste hasta junio de 1966 cuando apoyó el golpe del general Onganía. Este vínculo les permitió publicar en 1965 un informe político-periodístico encargado por el sindicato sobre la desaparición de Felipe Vallese, obrero metalúrgico y militante de la Juventud Peronista.¹⁷

En este texto los autores apelaban al pasado para reconstruir una línea histórica marcada por la violencia, el asesinato y la represión de los caudillos y de los militantes populares a quienes dedicaban el libro: Manuel Dorrego, Facundo Quiroga, Martiniano Chilavert, Jerónimo Costa, Nazario Benavídez, Ángel Vicente Peñaloza, Aurelio Zalazar, Juan José Valle y los fusilados de José León Suárez.¹⁸ Ortega Peña y Duhalde convertían a Felipe Vallese en un “mártir” de la nueva represión colonial en la Argentina del siglo XX. Planteaban que los descamisados eran los montoneros actuales que seguían la senda de los viejos caudillos de la Patria Grande y de las masas contra las “minorías del vasallaje”.¹⁹

El libro sobre Manuel Dorrego publicado en 1965 será su primera obra histórica de largo aliento. Estaba dedicado a Hernández Arregui y a los “mártires del Movimiento

¹⁶(R. Ortega Peña y E. L. Duhalde), “Supuestos ideológicos de la historiografía argentina. José Ingenieros o la deformación por falsas analogías”, en *La Unión Americana*, a. 1, n° 1, mayo de 1965, pp. 14-16 y “Supuestos ideológicos de la historiografía argentina. Juan B. Justo, el Testut de la Historia”, en *La Unión Americana*, a. 1, n° 3, julio-agosto de 1965, pp. 36-37

¹⁷ Sobre los vínculos con Vandor y otros sindicalistas como Andrés Framini y acerca de las vicisitudes de la publicación del libro por la U.O.M., véase, E. L. Duhalde, *A 40 años...*, *op. cit.*, pp. 105-107. El libro fue reeditado en 1967 por Sudestada.

¹⁸ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Felipe Vallese...*, *op. cit.*, p. 126. En E. L. Duhalde, *A 40 años...*, *op. cit.*, Duhalde señalaba las influencias ideológicas e historiográficas de Frantz Fanon (su libro *Los condenados de la tierra*), John W. Cooke, J. J. Hernández Arregui, Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche y José M. Rosa, como también la revolución cubana. Aclaraba que habían estado en contra de la experiencia foquista al margen de las masas obreras y del peronismo. Los capítulos del libro sobre Vallese apelaban a citas de Simone de Beauvoir sobre la violencia estructural, la tortura y las desapariciones en el marco de la lucha de liberación argelina.

¹⁹ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Felipe Vallese...*, *op. cit.*, pp. 171-172 y 175.

Nacional Peronista”, Juan José Valle y Felipe Vallese. La lista de víctimas de la violencia oligárquica incluía los personajes citados en el párrafo anterior.²⁰

Dorrego era presentado como un dirigente con criterio nacional y protector de las clases populares que pretendía implementar una política nacional y americana. Como lo expresaba el subtítulo del libro, el contexto era el de la plena penetración política, diplomática, financiera y comercial británica a nivel continental, además de una coyuntura económica compleja como era la guerra con Brasil. Como ya habían indicado al analizar la banca Baring, Gran Bretaña mostraba un modelo precoz de capitalismo financiero aunque insuficiente como para consolidar todavía formas imperialistas. El libro analizaba minuciosamente las vicisitudes diplomáticas del período 1825-1828 cuando, según los autores, Gran Bretaña en complicidad con personajes locales había bloqueado cualquier intento de Dorrego de unir al continente con apoyo de Bolívar y Sucre y continuar la guerra contra Brasil. También volvían a destacar el papel de Rosas en su enfrentamiento con las potencias extranjeras.²¹

El libro se planteaba como un ensayo de carácter político pero basado en una amplia serie de documentos inéditos o poco conocidos y en una bibliografía que comprendía historiadores extranjeros y locales tanto liberales como revisionistas como Ernesto Barba, Ricardo Scalabrini Ortiz, Diego L. Molinari, Julio Irazusta, José M. Rosa, Ernesto Fitte, Néstor Colli y Enrique Pavón Pereyra. A la historia liberal (oficial y oligárquica) le criticaban centrarse casi exclusivamente en la vida militar y el final de Dorrego y al revisionismo atacar más a Rivadavia y a Lavalle que a recuperar a Dorrego a quien veían sólo como una “transición patriótica” a Rosas.²²

El libro más importante por la novedad del tratamiento fue *Felipe Varela contra el Imperio Británico*.²³ Los autores sostenían que éste había intentado apoderarse del continente sudamericano a través de diversas maniobras imperialistas, entendiendo este término a la luz del materialismo histórico. Una circunstancia esencial para los autores

²⁰ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde *El asesinato de Dorrego (Poder, Oligarquía y Penetración Extranjera en el Río de la Plata)*, Buenos Aires, A. Peña y Lillo, pp. 72-73.

²¹ *Ibidem*, pp. 27 y 36 y 72.

²² *Ibidem*, pp. 9.

²³ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Felipe Varela contra el Imperio Británico (Las masas de la Unión Americana enfrentan a las potencias europeas)*, Buenos Aires, Sudestada, 1966 (el pie de imprenta es de diciembre de 1965). El libro abría con un agradecimiento a J. J. Hernández Arregui por la revisión de los originales y con una cita de Perón sobre la intervención británica y de otros países europeos en América Latina y la prescindencia de Estados Unidos pese a la doctrina Monroe, pp. 7-9.

era la dependencia de esta región en relación al ciclo capitalista dado que cada crisis del mercado londinense repercutía en la política americana y especialmente en la Argentina. En el caso de la guerra del Paraguay subrayaban la existencia de un plan británico surgido como consecuencia del proceso de acumulación de capital, de la concentración y fusión bancaria e industrial y de la guerra de Secesión en los Estados Unidos. Gran Bretaña pretendía aprovechar la producción de algodón del Paraguay dado el declive de las exportaciones norteamericanas resultado de ese conflicto. Para los autores, la guerra de la Triple Alianza obedecía a una necesidad objetiva de la banca británica por acrecentar sus ganancias y por el hecho de que ese país resultaba un modelo proteccionista peligroso para los pueblos americanos. Los pueblos de la “América en armas” se habían opuesto a esta guerra ya que como Ortega Peña y Duhalde explicaban, Varela y los montoneros no solo rechazaban el ataque al Paraguay sino también el “plan antinacional de la oligarquía mitrista vasalla de Gran Bretaña” que ahora pretendía unificar el país y someterlo a su comercio y finanzas.²⁴

Frente a Gran Bretaña se había alzado la “Unión Americana” que en nuestro país había sido encabezada por Felipe Varela. Éste había transformado la lucha en revolucionaria, popular y organizada para, logrado el apoyo de las provincias, derrotar a Mitre y reorientar el proceso económico nacional aplicando un plan político federal, nacional y americanista consistente en promover la unidad política-económica de la Patria Grande y en retomar la política aduanera rosista.²⁵ Se buscaba crear un mercado americano con barreras proteccionistas que permitieran desarrollar la industria local. El avance del ferrocarril imponía el monocultivo, creaba una industria complementaria a las necesidades inglesas y mundiales y destruía la economía diversa y semi-industrial que estaba en “condiciones de pasar al período fabril y manufacturero”.²⁶

Para los autores, Varela era la “encarnación heroica de la lucha de las clases oprimidas” contra la balcanización del continente. Su estudio permitiría entender el papel que cumplía ahora la “clase trabajadora americana en su revolución contra el imperialismo anglo-yanqui y las oligarquías locales”. De acuerdo con Hernández Arregui que sostenía

²⁴ *Ibidem*, pp. 95-97 y 116-118.

²⁵ Los autores sostenían que Varela era posible a partir de la política americana de Rosas que no sólo había resistido la agresión europea sino que había sostenido los ideales del federalismo, de la unidad hispanoamericana y había procedido a la “nacionalización de los mecanismos e instituciones propias de la penetración británica”. Esto último manifestaba el evidente paralelo que hacían con algunas medidas del gobierno de Perón. *Ibidem*, pp. 85-86 y 163-165.

²⁶ *Ibidem*, pp. 96-97 y 114-116

que cuando la clase trabajadora alcanzara la conciencia histórica vería en los caudillos el antecedente de su propia lucha como clase nacional, los autores pretendían convertirse en “voceros de las masas populares restituyéndoles el patrimonio de la verdadera tradición histórica revolucionaria argentina y americana”.²⁷

El libro estaba redactado en un estilo un tanto digresivo que contraponía en forma pormenorizada las acciones de Varela y otros caudillos con los aspectos diplomáticos y financieros protagonizados por funcionarios, espías, viajeros, comerciantes, agentes y banqueros británicos y locales.

Los aspectos teóricos referidos al desarrollo capitalista en su fase imperialista en la que se inscribía la economía y la sociedad rioplatense (que explicaban a su vez la constitución de las montoneras) aparecían en forma sintética diseminados a lo largo del relato. En cuanto a la composición social de la Argentina, Ortega Peña y Duhalde utilizaban por lo general términos como masas, pueblo, montoneras pero también apelaban a clases populares, bajo pueblo y “uturuncos”. Estos sectores populares estaban caracterizados más que por su inserción en la trama de relaciones económicas y sociales concretas por formar parte de una raza criolla indómita, cuyo amor a la patria y los principios de solidaridad americana eran elementos de la “conciencia de las masas populares oprimidas”.²⁸ Estas imprecisiones conceptuales se pueden observar respecto a la composición de las montoneras. A lo largo del texto sus integrantes aparecían mencionados a veces como trabajadores provincianos, desocupados, jóvenes y viejos. Incluían en otros pasajes a presos políticos, indios salteadores, curas gauchos y rotos chilenos. Tampoco se establecía una explicación clara sobre la relación entre los montoneros y su caudillo. Sólo se señalaba que el caudillo era un resultado de las necesidades del pueblo. Cuando aquél no respondía a sus demandas desaparecía de la historia. Pese a su insistencia sobre el protagonismo de las masas, en este libro como en los dedicados a Dorrego y Quiroga, el papel del caudillo monopolizaba el relato y aquéllas ocupaban un lugar secundario lo cual los acercaba bastante a esa historia de grandes personajes que decían combatir. Dicha imprecisión también abarcaba a los sectores dominantes aunque ahora el término “clase” aparecía más frecuentemente: clases opresoras, minoría clasista de Buenos Aires, clase ganadera, clase exportadora-importadora portuaria, burguesía comercial. Más frecuentemente recurrían al término

²⁷ *Ibidem*, pp. 10-12.

²⁸ *Ibidem*, pp. 160 y 188. Sin embargo, afirmaban que el historiador Juan Álvarez tenía “clara conciencia de las luchas de clases que recorren y explican la historia argentina,” p. 173.

oligarquía u oligarquía ganadera mitrista, aunando aspectos económicos y políticos diversos. A estos sectores les adjudicaban formar parte de la antipatria, ser cipayos, pertenecer a la burguesía apátrida, fomentar el vasallaje, etc.

En este libro (pero también en los demás) se desarrollaba un drama protagonizado por Gran Bretaña y por personajes y colectivos con distintos objetivos políticos y económicos pero que no podían escapar de la urdimbre tejida por el Imperio. En un plano ideal se daba una pugna entre dos principios: aquel del beneficio, la rapacidad, la explotación, el del capitalismo en su faz imperialista y otro, el de la solidaridad y la unión de los pueblos americanos partícipes de los valores culturales de una raza criolla oprimida, heroica y trágica que pese a sus derrotas iluminaba las luchas del presente.

Las limitaciones y simplificaciones apuntadas se contraponían con la voluntad de los autores por ofrecer un relato basado en numerosísimas citas intercaladas en el texto y a pie de página que pretendían ofrecer un efecto de realidad. Para ello, recurrían a numerosísimos documentos diplomáticos, periódicos, revistas, correspondencia de políticos, proclamas de caudillos, noticias de agentes y viajeros y textos de intelectuales procedentes de diversos archivos.²⁹ Además utilizaban una amplia bibliografía de autores de diversa procedencia académica e ideológica para rebatirlos o apoyarse en ellos. Entre estos últimos se destacaban diversos historiadores extranjeros como Carlos Pereyra, Miron Burgin, H. S. Ferns y Fred Rippy. El texto estaba salpicado esporádicamente con algunas referencias a teóricos marxistas desde el propio Karl Marx hasta Rosa Luxemburgo, Friedrich Engels y Lenin relativas a la acumulación a expensas de los países no capitalistas, la expansión financiera y el imperialismo.³⁰

La investigación sobre Varela se completó más adelante con otros textos. En un reportaje ficticio al caudillo los autores partían de hechos documentados o ficcionales de Varela y armaban las respuestas sobre temas vinculados a la política argentina de las últimas décadas del siglo XX: la política económica después de 1955, el caso Vallese, la

²⁹ Halperín Donghi sostenía que Ortega Peña y Duhalde ofrecían una imagen mitológica de Felipe Varela y Facundo Quiroga. En el caso de Varela pretendían presentarlo como el más peligroso enemigo del Imperio Británico lo que no podían demostrarlo pese al esfuerzo documental emprendido. T. Halperín Donghi, "El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional", en *Punto de Vista*, a. VII, n° 23, 1985, pp.16-17.

³⁰ F. Nigra sugiere que Ortega Peña y Duhalde enmascaraban su matriz marxista dado que esta concepción era rechazada por el peronismo además de facilitar la comprensión de sus textos por parte de los trabajadores. En todo caso pareciera más probable que la cita de referentes teóricos y de algunas categorías marxistas obedecía más a un uso superficial y genérico mediado por la importancia otorgada al conflicto entre nación e imperialismo que a la voluntad de ocultar una supuesta perspectiva teórica. Véase F. Nigra, *op. cit.*, pp. 3 y 16.

prensa y la necesidad de una Revolución Nacional cuya columna vertebral era la clase trabajadora. Utilizaban para ello párrafos textuales de Varela y conceptos que suponían corresponderse con el pensamiento del caudillo para tratar acontecimientos similares de una y otra época.³¹ Varela y sus soldados eran incluidos en una lista de los hombres del pueblo que habían luchado por la liberación nacional: los hombres de Artigas, Güemes, San Martín, Dorrego, Facundo, Rosas y aquéllos que rescatarían a un Coronel del pueblo.³² En dicho reportaje Varela veía con buenos ojos la posibilidad de la llegada de un militar nacionalista que realizara una revolución transformadora y que convocara a los “cabecitas negras” a continuar con la realización de una nación soberana. Varela no dudaba que se pondría a sus órdenes para vencer a los enemigos de la causa nacional.³³

El último libro importante fue el dedicado a Facundo Quiroga elaborado desde 1966 y publicado en 1968. El libro partía de situar al Río de la Plata como objetivo británico desde principios del siglo XIX cuando viraría del uso de la fuerza al control comercial y financiero de acuerdo a un plan perfectamente racional. A ese control se le añadía el negocio minero en el que se vería involucrado Facundo en el marco de los manejos monetarios, bancarios y mineros de Rivadavia.³⁴ La penetración británica no se limitaba a lo económico sino que estaba detrás del proyecto unitario rivadaviano resistido por los caudillos. Esa “resistencia nacional” como la denominaban implicaba también la “religión como ideología nacional defensiva” que se enfrentaba a los valores masónicos y protestantes que inficionaban la vida del país y encubrían los intereses extranjeros.³⁵

El esquema del trabajo era similar al elaborado en el libro sobre Felipe Varela. Un relato centrado básicamente en la figura de Quiroga que junto con las masas encarnaba los intereses de la nación frente al capital extranjero y sus socios internos. El afán polémico también estaba presente al discutir las perspectivas liberales (Alberto Palcos, Ricardo Levene), revisionistas (Jose M. Rosa, Pedro De Paoli) y desarrollistas (Félix Luna, Marcos Merchensky) acerca de Quiroga y los caudillos sin agregar prácticamente nada

³¹ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, “Felipe Varela y la toma de Salta (La epopeya montonera y la deformación histórica liberal)”, en *Proceso a la montonera de Felipe Varela*, Buenos Aires, Sudestada, 1969 y *Reportaje a Felipe Varela*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969, pp. 77-78.

³² *Ibidem*, p. 23.

³³ *Ibidem*, pp. 71-72. Varela era comparado por sus ideas e imagen con estadistas del siglo XX como Perón, Nasser y Fidel Castro, p. 31.

³⁴ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Facundo y la montonera (Historia de la resistencia nacional a la penetración británica)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1987, pp. 13-16. (1ª edición 1968).

³⁵ *Ibidem*, pp. 111-113 y 116.

novedoso a lo indicado en textos anteriores Como en el libro sobre Varela, el texto estaba poblado de citas de historiadores y referencias bibliográficas de diversa procedencia sumado a la utilización de múltiples fuentes oficiales, correspondencia, memorias, proclamas y debates reunidos en un apéndice documental.

Como se indicó anteriormente Ortega Peña y Duhalde impugnaron las corrientes historiográficas argentinas, tanto la de matriz liberal como la de la izquierda tradicional y la del revisionismo clásico. Ya en sus artículos de la revista *Compañero* y en *La Unión Americana* habían combatido lo que entendían como una tergiversación de la historia. Lo que fueron algunos apuntes en estas publicaciones y en el libro sobre Dorrego adquirió mayor coherencia en los textos sobre Felipe Varela y fue sistematizado en *Las guerras civiles argentinas y la historiografía*.

La historiografía liberal/oligárquica y la “pseudo-marxista” eran denunciadas por intentar silenciar a los movimientos de masas como el yrigoyenismo y el peronismo y a sus tentativas de industrialización.³⁶ No obstante, ahora las críticas desbordaban la mera impugnación política y recaían en las perspectivas que hacían de las economías provinciales, los caudillos y las montoneras representantes de un “feudalismo retrógrado y medieval” y que acentuaban el carácter primitivo del sistema de artesanado que sería eliminado por el capital civilizador. A los que consideraban discípulos de la concepción mitrista, Luis de Elizalde y León Rebollo Paz, les criticaban la contraposición que hacían entre los hombres de orden y principios y los montoneros, hombres instintivos y confiados en el gobierno paternal. Al mismo tiempo ellos omitían el análisis de los conflictos y exaltaban la figura de Mitre. Justamente, Ortega Peña y Duhalde cuestionaban a la historiografía liberal (como también al revisionismo) la centralidad otorgada a los grandes personajes para explicar procesos históricos complejos. Esta “teoría individualista o psicológica” de la historia era propia de las clases opresoras para “eludir la realidad objetiva”. La explicación a partir de las acciones, valores, simpatías y limitaciones personales impedían explicar las causas verdaderas (los fenómenos políticos, sociales económicos), por ejemplo, de la destrucción del Paraguay.³⁷ Por otra parte, la historiografía liberal había aceptado la interpretación jurídico-penal de la montonera, convirtiendo a sus miembros en bandoleros y asesinos.³⁸

³⁶ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Felipe Varela...*, op. cit., p. 20

³⁷ *Ibidem*, pp. 24-25.

³⁸ *Ibidem*, pp. 96 y 121.

Con respecto a los primeros revisionistas Ortega Peña y Duhalde reconocían su deuda por haber aprendido de ellos la verdadera historia. No obstante, tempranamente habían sostenido que los revisionistas de los años '30 habían elevado una imagen de Rosas que hacían coincidir anacrónicamente con el nazismo, el franquismo y el fascismo.³⁹

A estas duras críticas les sumaron otras limitaciones. Pese al reconocimiento que le brindaban a José M. Rosa, consideraban que éste había realizado una interpretación inadecuada de Rosas desde una perspectiva psicológica al sostener que finalmente se había convertido en un hombre nacional y comprendido al pueblo a quien dirigía. Señalaban que no había que analizarlo desde un plano subjetivo idealista sino desde el mismo plan político del Restaurador, expresión de la clase ganadera que se “transforma por su *acción* en nacional y popular”.⁴⁰ Por otra parte, le criticaban a Rosa no haberle otorgado a las masas la primacía en la orientación del proceso histórico y priorizar, por el contrario, el papel de los grandes personajes. El otro problema que tenía el revisionismo era su excesivo rosismo. Esto le había impedido investigar adecuadamente figuras como la de Varela ya que éste (junto con Peñaloza), había participado en la Coalición del Norte contra Rosas. Era visible el relativo silencio que rodeaba al proceso montonero en la obra de Atilio García Mellid, *Proceso a los falsificadores de la Historia del Paraguay* y en los artículos de Rosa que adornaba a Varela con un simple aire quijotesco y reproducía la proclama de Varela sin mencionar su reivindicación de Caseros.⁴¹ A Fermín Chávez con el que venían manteniendo una polémica, le adjudicaban un fuerte apego a la figura del caudillo dejando las masas de lado lo que convertía a sus trabajos en biografías eruditas de signo invertido a la de corte liberal.⁴²

Denunciaban que el revisionismo se estaba convirtiendo en “una vía muerta, con cada vez menor repercusión en nuestras masas, y con mayor consideración en las aulas

³⁹ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, “Historia política argentina. Baring celebra...”, *op. cit.*, p. 4.

⁴⁰ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Baring Brothers...*, *op. cit.*, pp. 45-46.

⁴¹ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Felipe Varela contra...*, *op. cit.*, p. 23. Arturo Jauretche reconocía que el revisionismo de izquierda había puesto en primer plano el factor social a diferencia del primer revisionismo, pero advertía sobre los intentos de oponer a Rosas y los caudillos del Interior acentuando los contrastes y disminuyendo las coincidencias. En cuanto a su extracción social, Rosas y los caudillos no se diferenciaban por lo general. Jauretche rechazaba el análisis de clase y planteaba no olvidar la “cuestión nacional” como eje del análisis histórico argentino. “Carta a los autores...”, en *Ibidem*, pp. 233-238.

⁴² Chávez los había acusado de esquematizadores, simplificadores y tentados por la imaginación histórica, en F. Chávez, *El Revisionismo y las montoneras. La “Unión Americana”, Felipe Varela, Juan Saá y López Jordán*, Buenos Aires, Theoría, 1966, pp. 9-13.

‘magistrales’”.⁴³ En consonancia con lo anterior, para 1969 Ortega Peña y Duhalde afirmaban resueltamente que había aparecido una nueva corriente investigadora superadora metodológicamente del revisionismo histórico ortodoxo. Se referían a que se había superado la simple inversión del análisis liberal en el tratamiento de las figuras históricas. La nueva corriente historiográfica a la que denominaban “nacionalista-popular” se convertía en otra fase del revisionismo histórico preocupándose por descubrir a través de los caudillos el protagonismo de las masas.⁴⁴

En *Las guerras civiles argentinas y la historiografía* Ortega Peña y Duhalde completaron el análisis de los modelos historiográficos aplicados al estudio de las luchas civiles del siglo XIX y elaboraron una síntesis metodológica:

- Propugnaban aplicar la “imaginación histórica” y eludir una realidad construida fosilizada y pretendían establecer relaciones conceptuales que revolucionaran la investigación científica.

- Contra la objetividad apelaban a Benedetto Croce en cuanto a que el historiador integraba su interpretación con su tiempo y abordaba el pasado utilizando la analogía como proyección de su circunstancia histórica. Sostenían que los historiadores oficiales “se amparaban en la supuesta ‘objetividad científica’ para resguardarse, en verdad, de las tacuaras de los montoneros que se ciernen amenazadoras sobre su presente”.⁴⁵

-Planteaban la necesidad de construir un sistema conceptual original y superador de los esquemas metodológicos del siglo XIX y revisar conceptos como “organización nacional” y “guerra civil”: el primero porque no era aceptable que se sostuviera que después de Pavón se hubiera vivido una época de orden, paz y progreso y que las ideas políticas mitristas y la penetración británica terminaran como verdades objetivas aceptadas. El segundo porque se había dado un enfrentamiento entre una minoría porteñista apoyada por potencias europeas y el pueblo y no una guerra civil propiamente dicha.

Además de las críticas a la historiografía liberal y revisionista clásicas, los autores analizaban lo que llamaban el esquema alberdiano (que ya habían señalado en su

⁴³ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Las guerras civiles argentinas y la historiografía*, Buenos Aires, Sudestada, 1967, p. 38.

⁴⁴ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, “Prólogo”, en C. A. Fernández Pardo, *Nazario Benavidez caudillo federal*, Buenos Aires, Sudestada, 1969, p.

⁴⁵ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Las guerras civiles*, *op.cit.*, pp. 13-14.

estudio sobre David Peña⁴⁶). Alberdi había puesto el foco en el enfrentamiento entre Buenos Aires y las provincias por los recursos aduaneros y había propuesto soluciones liberales para limitar la hegemonía porteña (no diferenciando la política de Rosas y la de Mitre) pero que terminarían por consolidar el dominio de Buenos Aires. Sus continuadores Juan Álvarez y Jorge Mayer caían en el mismo error al desconocer la injerencia británica en todo este proceso. El primero de ellos sí reconocía que la falta de una política proteccionista había generado el alzamiento montonero. En este esquema también caía Jorge A. Ramos a quien desde años anteriores le venían indicando una serie de errores si bien le reconocían haber incorporado una mirada revisionista. Uno de ellos era incurrir en la misma omisión alberdiana al centrar su análisis en los enfrentamientos entre porteños y provincianos. En su crítica al mitrismo Ramos cometía la equivocación de reivindicar a provincianos como Sarmiento, Avellaneda y Roca por el sólo hecho de serlo.⁴⁷ Además, el no haber privilegiado la variable financiera y la dependencia imperialista le impedía evaluar a los caudillos en su total significación histórica. Si bien no se debía caer en el determinismo económico estos condicionamientos hacían comprensible el proceso. En sus estudios Ramos había incorporado el protagonismo de las masas pero le reprochaban hacer de Varela un héroe quijotesco espontáneo y no atender la dimensión americana en Varela siendo este autor un cultor de la unidad latinoamericana.⁴⁸

Otro modelo era el sarmientino de civilización-barbarie. Esta última era un “modo de ser americano” cuya forma de organización política era la montonera liderada por el caudillo bárbaro frente a la ciudad y al progreso capitalista. La guerra civil era el enfrentamiento entre dos modalidades económico-sociales. Un seguidor de este esquema, según Ortega Peña y Duhalde, era Tulio Halperín Donghi que hacía surgir a los caudillos de principios del siglo XIX de zonas de gran propiedad agraria en las que se daba un proceso de militarización. También el historiador comunista Leonardo Paso

⁴⁶ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, “Estudio preliminar”, en D. Peña, *Alberdi, los mitristas y la Guerra de la Triple Alianza*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1965. En este estudio analizaban la correspondencia de Alberdi sobre la guerra del Paraguay y observaban en ella la ausencia del papel de la intervención británica y de las masas.

⁴⁷ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Las guerras civiles...*, *op. cit.*, pp. 27-28.

⁴⁸ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Baring Brothers...*, *op. cit.*, pp. 93-95 y *Felipe Varela*, *op. cit.*, p. 149.

que planteaba el conflicto entre la ciudad y el campo primitivo, latifundista y generador de relaciones patriarcales con las masas.⁴⁹

El modelo desarrollista estaba representado por el historiador Félix Luna. Le criticaban sostener que a partir de 1853 se habían solucionado los conflictos entre Buenos Aires y las provincias relativos a la aduana y a las rentas nacionales. Luna sostenía que entonces la lucha de los caudillos resultaba anacrónica porque ya existían objetivos nacionales como la organización jurídica formal para impulsar el progreso. Para Ortega Peña y Duhalde estos objetivos eran aquellos de una minoría colonialista ligada al capital extranjero. La de Luna era una visión “integradora” del pasado. Para el desarrollismo las guerras civiles habían sido un proceso desafortunado aunque ambas fuerzas debían ser aceptadas, un bando por su carácter místico y el otro por su idea de orden y progreso. En función del planteo de Luna, Ortega Peña y Duhalde concluían que el desarrollismo había determinado el fin de la historia argentina.⁵⁰

Para finalizar este recorrido se puede agregar que Ortega Peña y Duhalde trasladaron la polémica con las corrientes historiográficas al ámbito musical. En los '60 el folklore había logrado una enorme popularidad en diferentes sectores sociales por lo que nuestros autores seguramente consideraron incorporarlo al debate. Afirmaban que el mitrismo también había manipulado la tradición musical y para demostrarlo, mencionaban la tergiversación de la autoría y el sentido de la zamba de Vargas surgida en ocasión del combate de Pozo de Vargas donde fuera derrotado Felipe Varela. También condenaban las composiciones folklóricas abstractas e intemporales elaboradas por artistas comunistas. Ortega Peña y Duhalde consideraban que ellas eran aceptadas por el sistema cultural siempre y cuando no aludieran a las luchas federales y peronistas.⁵¹

Los trabajos publicados entre 1967 y 1969 fueron los últimos significativos. En estos años participaron en el Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas y en su boletín polemizaron con Juan P. Oliver sobre la Guerra del Paraguay. Formaron parte de una Comisión de Repatriación de los restos de Rosas además de integrar el Consejo Superior del Instituto para 1970. En los años siguientes se involucraron cada vez más en una serie de actividades políticas y profesionales en las que destacaba su

⁴⁹ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Las guerras civiles...*, op. cit., pp. 29-33.

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 33-36.

⁵¹ R. Ortega Peña y E. L. Duhalde, *Folklore argentino y revisionismo histórico (La montonera de Felipe Varela en el cantar popular)*, Buenos Aires, Sudestada, 1967, pp. 43 y 71-73

defensa de presos políticos, la organización de la Asociación Gremial de Abogados y la de abogados peronistas. En los años siguientes se fueron acercando a sectores del Peronismo de Base además de participar en el Frente Antiimperialista y por el Socialismo como en publicaciones ligadas al Partido Revolucionario de los Trabajadores. Para 1973, Ortega Peña fue elegido diputado nacional y tanto él como Duhalde ocuparon puestos directivos en la carrera de Historia y en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires además de dirigir publicaciones políticas como *Militancia Peronista para la Liberación* y *De Frente con las Bases Peronistas*.⁵²

En estas páginas se ha intentado sintetizar la producción historiográfica de Ortega Peña y Duhalde. A partir de la influencia de autores como Ricardo Scalabrini Ortiz, Juan José Hernández Arregui, Jorge A. Ramos y José M. Rosa fueron delineando su visión del pasado argentino. El análisis del papel jugado por los caudillos y las montoneras del siglo XIX fue construido a partir de una perspectiva que combinaba elementos de un revisionismo tradicional con algunos aportes conceptuales del marxismo. Esta mirada se enmarcó en un proceso de radicalización de la vida política del país y de América Latina que llevó a la reconsideración del papel de las masas en el pasado y por ende del fenómeno peronista en el presente. La creciente receptividad de las ideas revisionistas por parte del peronismo permitió ampliar el foco de positividad. La lucha antiimperialista llevada a cabo por Rosas ahora también era impulsada por los caudillos federales y las masas montoneras. El pasado adquiría una funcionalidad política clara que permitía alcanzar un nuevo y amplio auditorio que buscaba en la historia las raíces que dieran sentido a la problemática del presente. Sus obras recurrieron a una serie de tópicos que giraron alrededor de la confrontación entre la nación encarnada en los caudillos y las masas y el imperialismo británico y sus aliados locales. El otro motivo recurrente en el que Ortega Peña y Duhalde insistieron fue la existencia de una línea histórica directa entre las luchas de los montoneros y sus caudillos con los trabajadores peronistas y su líder. Un último aspecto central en la obra de nuestros autores fue la necesidad de utilizar ese pasado heroico para cimentar una conciencia histórica nacional en los sectores populares que sirviera para las luchas del presente.

⁵² L. Ehrlich, "Rodolfo Ortega Peña", en H. Tarcus, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la 'nueva izquierda', 1870-1976*, Buenos Aires, Emecé, 2007, pp. 471-475

